

Caminando hacia Emaús (Lc 24, 13 34): el arte del acompañamiento

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

«Aquel mismo día, iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. Él les dijo: “¿De qué están discutiendo entre ustedes mientras van andando?” Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?” Él les dijo: “¿Qué cosas?” Ellos le dijeron: “Lo de Jesús el Nazareno... cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que sería Él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que Él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a Él no lo vieron”. »Él les dijo: “¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras.

«Al acercarse al pueblo a donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos lo forzaron, diciéndole: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado”. Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén... Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían conocido en la Fracción del Pan».

Es bastante conocida la última página del Evangelio según San Lucas. Jesús murió en la cruz hace dos días; es el domingo por la mañana. Dos discípulos probablemente vuelven a su casa y su trabajo. La aventura con el Maestro de Nazaret terminó trágicamente. Lo dicen: «Esperábamos que fuera Él el Mesías, pero...» Están tristes, decepcionados, todos sus sueños se han quebrado. El fracaso es total. Quizás tienen también miedo que alguien quiera hacerles a ellos lo mismo que hicieron a su Maestro. El desánimo, el desaliento, la tristeza y la duda son las emociones que los acompañan.

Emaús tiene una significación simbólica: su localización es incierta en el mapa; se le menciona una sola vez en el Antiguo Testamento; es una aldea donde no pasó nada digno de ser recordado: es símbolo de una cotidianidad vacía de proyectos y perspectivas, lugar de la ausencia de Jesús, del fracaso espiritual y de la tristeza existencial.

Dios no los abandona. Jesús camina juntamente con ellos, para permitirles, en su momento, ver de nuevo la luz. El núcleo de la narración es la presencia del Señor resucitado junto a los dos discípulos y la manera en que éstos, paulatinamente, reciben la revelación del Señor.

Sinteticemos la situación de los discípulos: contemplaban a Jesús con ojos superficiales, no percibieron la profundidad de su misterio, sólo aspectos puramente externos: un profeta poderoso en obras y palabras que fue entregado por los sumos sacerdotes a la crucifixión. Ahora desconfían (cuando no se burlan) del testimonio de las mujeres. Pero en esa cruda situación de desengaño hay un hecho extremadamente importante: Jesús se pone a caminar con ellos, compartiendo de ese modo su pena y su desencanto. Él les explicó lo que se refería al Mesías en toda la Escritura. Los dos discípulos esperaban la llegada de un Mesías poderoso y deslumbrante. Jesús libera desde la humildad de una vida compartida y hecha servicio en favor de los débiles; el auténtico Señor libera desde el dolor de la cruz.

La explicación de la Palabra ha preparado el terreno del corazón de estos dos discípulos. Jesús se queda con ellos y «recostado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció» (24, 30). «Se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Él desapareció ». El proceso de los discípulos para reconocerlo ha sido largo: primero han reconocido su pesar y su tristeza, después han escuchado la explicación de la Palabra, han partido el pan con Jesús y, finalmente, lo han reconocido.

Continuará...